

una nacion santa: *Gens sancta*,¹ porque todos tienen derecho para venir á presentarse delante del altar santo; una descendencia escogida, porque todos están separados del mundo y de todos los usos profanos, consagrados al Señor y destinados únicamente á su culto y á su servicio: *Genus electum*.² Y finalmente, un real sacerdocio, porque todos participan en algun modo del sacerdocio de su Hijo, gran sacerdote de la nueva ley, y porque el privilegio de entrar en el Sancta Sanctorum, que antiguamente solo estaba concedido al soberano Pontífice, es ya como derecho comun y diario de todos los fieles: *Regale sacerdotium*.³

Y así solamente la santidad de nuestro bautismo y de nuestra consagracion es la que nos abre estas sagradas puertas. Si somos unos cristianos impuros, hemos en algun modo perdido este derecho, ya no tenemos parte en el altar, no somos dignos de la congregacion de los santos, y el templo de Dios no es para nosotros.

Y por eso, católicos, nuestros templos solamente debieran ser casa de los justos. Cuanto en ellos se obra, supone la justicia y la santidad en los asistentes. Los misterios que en ellos celebramos son misterios santos y terribles que piden unos ojos puros; la hostia que allí se ofrece es la reconciliacion de los penitentes ó el pan de los fuertes ó perfectos; los sagrados cánticos que allí se oyen son los gemidos de un corazon arrepenido ó los suspiros de una alma casta y fiel, y esta es la razon porque cuida la Iglesia de purificar todo lo que se ha de poner sobre el altar; consagra con palabras de bendicion aun las mismas piedras de

1 1. Petri. cap. 2. v. 9.

2 Ibid.

3 Ibid.

estos santos edificios, como para hacerlas dignas de sufrir la presencia y la vista del Dios que habita en ellos. Expone á las puertas de nuestros templos una agua santificada con sus oraciones, y encarga á los fieles que la echen sobre sus cabezas antes de entrar en este santo lugar, como para acabar de purificarlos de algunas leves manchas que podian haberles aún quedado, para que no se ofenda la santidad del Dios en cuya presencia van á parecer.

Antiguamente no concedia la Iglesia sepultura á los cuerpos de los fieles en el recinto de sus sagrados muros, no admitia los despojos de su mortalidad en este santo lugar; solamente las preciosas reliquias de los mártires tenían derecho para ser colocadas en él, y la parecia que el templo de Dios, este nuevo cielo que llena con su presencia y su gloria, no debia servir de asilo á las cenizas de los que no contaba todavía el número de los bienaventurados.

Tambien los penitentes estaban excluidos por mucho tiempo de la asistencia á los santos misterios. Postrados á las puertas del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, estaban privados de concurrir con los demás fieles como anátemas. Solamente sus lágrimas y maceraciones les abrian por último aquellas sagradas puertas, y así, ¡qué alegría no experimentaban cuando despues de haber gemido mucho tiempo y pedido su reconciliacion, se hallaban en el templo entre sus hermanos; cuando volvian á ver aquellos altares, aquel santuario, aquellas reliquias de los mártires, aquellos ministros ocupados con tanta devocion en los terribles misterios; cuando oian pronunciar sus nombres en el altar con los demás fieles, y cuando cantaban con ellos himnos y cánticos. ¡Qué lágrimas de gozo y de religion no deramaban entonces! ¡Qué pesar no tenían de haber estado privados tanto tiempo de tan grave consuelo! Un solo dia,

¡oh Dios mío! pasado en vuestra santa casa, exclamaban con el profeta, consuela mas el corazón que años enteros pasados en los deleites y en los tabernáculos de los pecadores! Estos eran antiguamente los templos de los cristianos. Apartaos de estos sagrados muros, decía entonces en alta voz el ministro desde lo alto del altar á toda la congregacion de los fieles, vayan fuera de estos sagrados muros los inmundos, los impuros, los sectarios de los demonios, los adoradores de los ídolos, las almas que han vuelto á su vómito y los partidarios de la mentira y de la vanidad: *Foris canes, et venefici, et impudici, et homicidæ, et idoli servientes, et omnis qui amat, et facit mendacium.*¹

Es verdad que la Iglesia no hace ya esta severa distincion, porque siendo ya imposible por la multitud de fieles y por la depravacion de las costumbres, abre indistintamente las puertas de nuestros templos á los justos y á los pecadores; quita el velo de su santuario aun delante de los ojos profanos, y sus ministros no esperan á que los pecadores y los inmundos hayan salido para empezar los terribles misterios; pero la Iglesia supone que si no estais justificados cuando venís aquí á presentaros delante de la Majestad de un Dios santo, venís á lo menos con deseos de justicia y de penitencia; supone que si aun no estais purificados de todos vuestros delitos, á lo menos estais movidos á penitencia, que venís á llorar al pié de los altares y que vuestra confusion y el sincero arrepentimiento de vuestras culpas darán aquí principio á vuestra justificacion y á vuestra inocencia.

Los deseos de una vida mas cristiana, si sois pecador, son los que únicamente os pueden autorizar y dar derecho

¹ Apocalip. 22. v. 15.

para presentaros aquí en el santo lugar; si no venís á él á llorar vuestros delitos, si llegais al pié de los altares con la voluntad depravada, aunque es verdad que la Iglesia, que no ve los corazones y que no juzga de lo oculto, no os cierra estas sagradas puertas, Dios os desprecia invisiblemente, sois á su vista un anatema y un excomulgado, no tenéis derecho al altar y á los sacrificios, venís á manchar con vuestra presencia la santidad de los terribles misterios, á ponerlos en un lugar que no os pertenece, del que el ángel del Señor, que veía á la puerta del templo, os arroja invisiblemente, como arrojó en otro tiempo al primer pecador de aquel lugar de inocencia y santidad que santificaba el Señor con su presencia.

Y á la verdad, católicos, que el conocerse reos de los mas vergonzosos delitos y venir aquí á presentarse en el lugar mas santo de la tierra, venir á parecer delante de Dios sin tener á lo menos algun movimiento de vergüenza y de dolor, sin pensar en los medios de salir de un estado tan deplorable, sin desearlo por lo menos, y sin formar algunos pensamientos de religion, traer al pié de los altares los cuerpos y las almas manchadas, pretender que los ojos del mismo Dios, por decirlo así, se familiaricen con el pecado sin manifestarle á lo menos el dolor que se tiene de venir de este modo á su presencia cubierto de confusion y de oprobio, sin decirle como Pedro: Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pecador,¹ ó como el profeta: Apartad, Señor, vuestra vista de mis iniquidades, y cread en mí un corazón puro² para que yo me haga digno de parecer aquí en vuestra presencia, es profanar el templo de Dios,

¹ Luc. 5. v. 8.

² Psalm. 50. v. 11. 12.

ultrajar su gloria, su majestad y la santidad de sus misterios.

Porque, amados oyentes míos, seais quien fuéreis los que aquí asistís, vosotros venís á ofrecer espiritualmente con el sacerdote el terrible sacrificio; venís aquí á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; venís á aplacar su justicia con la dignidad y excelencia de estas santas ofrendas, y á representarle el derecho que teneis á sus misericordias, despues que la sangre de su Hijo os ha purificado, y que en cierto modo formais con él un mismo sacerdote y una misma víctima. Pero cuando os presentais aquí con un corazon corrompido y obstinado, sin pensamiento alguno de fe, sin deseo alguno de arrepentimiento, estais contradiciendo el ministerio del sacerdote que ofrece por vosotros; contradecís las oraciones que dirige al Señor, con las que suplicais por boca del sacerdote que mire con ojos propicios las santas ofrendas que están sobre el altar, y que las acepte como precio y abolicion de vuestros delitos; insultais al mismo amor de Jesucristo, que renueva el gran sacrificio de vuestra redención, y os ofrece á su Padre como una porcion de esta Iglesia pura y sin mancha que ha lavado con su sangre; insultais á la piedad de la Iglesia, que creyéndoos unidos á su fe y á su caridad, os pone en la boca, por medio de los cánticos con que acompaña los santos misterios, expresiones de dolor, de religion y de penitencia; engañais, finalmente, la fe y la piedad de los justos que aquí están presentes y que os miran como que formais con ellos un mismo corazon, un mismo espíritu y un mismo sacrificio; se unen á vosotros y ofrecen al Señor vuestra fe, vuestros deseos y vuestras oraciones como bienes propios suyos. Estais, pues, allí como un anatema, separado de to-

do el resto de vuestros hermanos, como un impostor que niega en secreto todo lo que está pasando en público, y venís á insultar la religion y á no participar de la redencion y del sacrificio de Jesucristo, al mismo tiempo que él renueva su memoria y ofrece el precio de él á su Padre.

¿Qué se infiere de aquí, católicos? ¿acaso el que los pecadores se deben desterrar de nuestros santos templos? No lo permita Dios. ¡Ah! por lo mismo deben venir á solicitar al pié de los altares las misericordias del Señor, que está siempre dispuesto para oír en ellos á los pecadores. Por lo mismo, deben valerse de todos los socorros que aquí ofrece la religion á la fe para excitar en nosotros algunos movimientos de arrepentimiento y devocion; ¿y á dónde hemos de ir, católicos, cuando por nuestra miseria hemos caido en la desgracia de Dios, ni qué otro recurso puede quedarnos? Aquí es donde solamente pueden hallar asilo los pecadores; aquí corren las aguas vivas de los Sacramentos, las únicas que tienen fuerza para purificar sus conciencias; aquí están formados los tribunales de misericordia á cuyos piés se les perdonan sus pecados y se les liberta de sus cadenas; aquí se ofrece por ellos el sacrificio de propiciacion, el que únicamente es capaz de aplacar la justicia de Dios irritada con sus delitos; aquí las verdades de salud eterna, introducidas en sus corazones, les inspiran el aborrecimiento al pecado y el amor á la justicia; aquí se ilustra su ignorancia, se disipan sus errores, se alienta su flaqueza y se fortifican sus buenos deseos. Aquí, en una palabra, ofrece la religion remedios á todos sus males. Luego los pecadores son los que con mas frecuencia deben venir á los templos santos, y cuanto mas antiguas é inveteradas sean sus llagas, mas prisa deben darse á venir á buscar aquí su salud.

Esta es la primera disposicion que aquí nos pide á nosotros, como á los bienaventurados en el cielo, la presencia de un Dios santo. *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.*¹

Pero si solamente el estar en pecado sin remordimiento, sin deseo alguno de mudar de vida, y con una voluntad actual de perseverar en él, es una espeje de irreverencia que profana la santidad de nuestros templos y de nuestros misterios, ¿que será, ¡oh gran Dios! el escoger estos lugares santos y la hora de los terribles misterios, para venir á inspirar aquí pasiones vergonzosas, para permitirse en ellos la licencia de unas miradas impuras, para formar en ellos deseos pecaminosos, para buscar en ellos unas ocasiones que solamente la decencia impide en otras partes, para hallar acaso en ellos unos objetos que en todos los demás lugares aparta de nuestra vista la vigilancia de los que nos gobiernan? ¿Qué será el hacer que lo mas santo de la religion sirva para facilitar el pecado, y el escoger vuestra presencia, ¡oh gran Dios! para ocultar el secreto de una pasion impura, y hacer de vuestro santo templo casa de iniquidad, y un lugar mas peligroso que aquellas asambleas de pecado que la religion prohíbe á los fieles? ¿Qué delito el venir á crucificar de nuevo á Jesucristo en el mismo lugar en que todos los dias se le ofrece por nosotros á su Padre! ¡qué delito es el valerse para facilitar nuestra perdicion, de la misma hora en que se celebran los misterios de eterna salud y de la redencion de todos los hombres! ¡qué locura el escoger la presencia de nuestro Juez para hacerle testigo de nuestros delitos y hacer de su presencia el motivo mas funesto de nuestra condenacion! ¡qué abandono de Dios y qué se-

¹ Apoc. 14. v. 5.

ñal de reprobacion el mudar los sagrados asilos de nuestra reconciliacion en ocasiones de desorden y de libertad!

¡Gran Dios! cuando os ultrajaron en el Calvario, en donde aun érais un Dios que padecía, se abrieron los sepulcros que estaban al rededor de Jerusalem y resucitaron los muertos, como para venir á reprender á sus descendientes el horror de su sacrilegio. ¡Ah! vivificad las cenizas de nuestros padres, que en este santo templo esperan la feliz inmortalidad; haced que salgan sus cadáveres de estos soberbios sepulcros que les ha fabricado nuestra vanidad, y que inflamados con una santa indignacion contra las irreverencias que de nuevo os crucifican, y que profanan el sagrado asilo de los despojos de su mortalidad, se dejan ver sobre esos sepulcros; y pues son inútiles nuestras instrucciones y amenazas, vengan ellos mismos á reprender á sus descendientes su irreligion y sus sacrilegios! Pero ¡oh Dios mio! si el terror de vuestra presencia no basta á contenerlos en el debido respeto, no serán mas religiosos ni mas fieles aunque resucitaran los muertos, como vos mismo dijisteis.

Pero si la presencia de un Dios santo nos pide aquí, como á los bienaventurados en el cielo, una disposicion de pureza é inocencia, la presencia de un Dios terrible y lleno de majestad pide una disposicion de temor y de recogimiento: segunda disposicion, que está señalada en el profundo abatimiento con que están los bienaventurados en el templo celestial. *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas.*¹

¹ Apoc. 7. v. 11.

SEGUNDA PARTE.

Dios es espíritu y verdad, y por eso principalmente quiere que le honremos en espíritu y verdad; y así esta disposición de abatimiento profundo que le debemos en nuestros templos, no consiste solamente en la postura exterior de nuestros cuerpos, sino que incluye también en sí, como la de los bienaventurados en el cielo, un espíritu de adoración, de alabanza, de oración y de acción de gracias: *Benedictio, et claritas, et gratiarum actio*.¹ Este es el espíritu de religión y de abatimiento que nos pide Dios en el templo santo, semejante al de los bienaventurados en el templo celestial. *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas*.²

Dije un espíritu de adoración, porque como aquí es donde Dios manifiesta sus maravillas y su suprema grandeza, y á donde baja desde el cielo para recibir nuestros respetos, el primer pensamiento que debe formarse en nosotros cuando entramos en este santo lugar, es un pensamiento de terror, de silencio, de recogimiento profundo y de abatimiento interior á vista de la majestad del Altísimo y de nuestra propia bajeza, no pensar mas que en el Dios que se nos manifiesta, sentir todo el peso de su presencia y de su gloria, recoger toda nuestra atención, todos nuestros pensamientos, todos nuestros deseos, toda nuestra alma, para ofrecérsela y ponerla toda entera á los pies del Dios que adoramos. Olvidar todas las grandezas de la tierra, no mirar mas que á él, no pensar mas que en él, no cono-

¹ Apoc. 7. v. 12.

² Ibid.

cer cosa mayor que él, y confesar con nuestro profundo abatimiento, como los bienaventurados en el cielo, que él solo es poderoso, solo inmortal, solo grande, solo digno de todo nuestro amor y de nuestros respetos.

Pero ¡oh católicos! ¿dónde se hallan en nuestros templos aquellas almas respetuosas y poseidas de un santo temor, que á vista de estos sagrados lugares sientan todo el peso de la majestad del Dios que los habita, y que no hallen mejor situación para sostener el resplandor de su presencia, que la inmortalidad de un cuerpo abatido y la profunda religión de una alma que adora? ¿dónde están los que solamente piensan en la grandeza de Dios y se olvidan aquí de todos los demás cuidados de la tierra? Me tomo la libertad de decir en la presencia de un rey cuyo profundo respeto al pié de los altares honra la religión, que algunos vienen al santo templo no á honrar al Dios que en él habita, sino las mas veces á honrarse á sí mismos con un vano exterior de piedad, y á valerse de unos fines y de unos intereses que condena la verdadera devoción; vienen á doblar la rodilla, como Naamán, delante del altar profano, para granjearse las atenciones y seguir el ejemplo de un príncipe que adora; vienen aquí á buscar otro Dios distinto del que se manifiesta en nuestros altares, á hacer la corte, no al Señor soberano, sino á otro príncipe; á buscar otras gracias distintas de las del cielo y á granjearse las atenciones, no del remunerador inmortal, sino de otro remunerador. Es en su templo un Dios desconocido, aun en medio de una multitud de adoradores, como lo era antiguamente en la pagana Atenas; aquí todas las miradas se dirigen al príncipe, al mismo tiempo que él solamente mira á Dios; todos los votos se dirigen á él, sin que su profundo abatimiento al pié de los altares pueda enseñarnos